

Encuentro con Carmelo Ríos



Kenshinkan dôjô 2015

Fue un día lluvioso de otoño, en el Centro de Estudios Orientales de Madrid.

Había ido a conocerle a instancias de un amigo de Budô, quién me había recomendado, encarecidamente, la Experiencia que podría ser escucharle.

Lo recuerdo bien. Aún era joven. Subido en el entarimado, barba desaliñada, un maletín encima de la mesa, la sonrisa a punto, los ojos encendidos, la mente despierta, abierta para la Empatía, libros –siempre libros- y, por supuesto, un proyector y muchas diapositivas.

Han pasado tres décadas desde que me crucé con él por primera vez, pero aún guardo, celosamente, sus Palabras: un flujo permanente de ideas que levantaban el vuelo desde el humilde suelo, pretendiendo llenar la atmósfera que a todos nos cubría, elevando, con cada exposición, el contenido de nuestro Arte, haciéndolo crecer, expandirse, multiplicarse y lucir.

Yo, joven aprendiz de aquel Maestro, nunca antes había contemplado la posibilidad de nombrar por Derecho, con Mayúsculas, Principios, Dignidad, Orgullo y Convicción, el Arte que también amaba, pues nunca, con anterioridad, había tenido la Oportunidad de encontrarme con alguien capaz de expresar el Budô en términos Éticos, Estéticos y Espirituales, abandonando, apresuradamente, los vocablos menores, las palabras limitantes, las ideas superficiales, las conquistas insignificantes, las aspiraciones apriorísticas, las banalidades, estrecheces y sinsentidos que, en muchas ocasiones, pretenden hablar en nombre de nuestro Arte.

Llevaba años de Budô a mis espaldas, había leído libros, asistido a multitud de seminarios, trabajado con muchos otros, pero hasta entonces no había encontrado a alguien que creyera de aquella manera -convencida, segura, determinante- que nuestro Arte podría ser una Alquimia para los caracteres, un Bálsamo seguro para los corazones, una Opción directa y válida para desarrollar la Bondad, la Implicación Social, el Compromiso y el Amor.

El, desde luego, no sentía el deseo de rayar a una altura superior a la de ningún otro. Nunca había contemplado semejante idea; era un librepensador y, como tal, ejercía su Libertad, admitiendo la pluralidad de interpretaciones en su entorno, pero manteniendo el pulso firme en relación a sus Principios: una filosofía que hablaba de Cultura, utilizando Palabras de altura; defendía unas Formas más que dignas, contundentes y precisas; despertaba el Espíritu de la Caballería y se sostenía en una Espiritualidad sin tapujos, que preservaba el Carácter, la Rectitud, la Humildad y la Sinceridad, como baluartes incontestables.

Tuvo que calcular, fríamente, a qué se aventuraba si proseguía con su convicción – la de Hablar en Voz Alta- pues en aquel ambiente, en principio adverso, Arte y

Humanismo parecían no tener lugar en el que descansar, manifestarse y debatirse abiertamente.

Sí. Todo, absolutamente todo, podría ser contrario al refinamiento del que hablaban sus Palabras, a los Valores que la Educación proponía y estimaba oportunos, o al Desprendimiento del mundo sutil: esa Experiencia que aflora de tiempo en tiempo dentro de las fronteras de un ser humano y que, denodadamente, busca ser compartida.

¿Qué hacer? ¿Dejaría sus labios sellados, acotaría el resultado de sus ideas, manifestaría, descaradamente, alguna banalidad, acodándose en la facilidad de unos vocablos menores, ideas triviales, formas más que primarias, para así no ser detectado, tildado con adjetivos mediocres, separado del conjunto, defenestrado...?

Aquella era una situación en la cual, cualquiera, en su debilidad, podría haber aconsejado a un espíritu noble -como era el suyo- retirar velas, plegarse sobre la mediocridad y acallar todo cuanto llevaba dentro, aunque esto fuera, no más, que una aspiración sin mácula: expresar la Belleza del Arte que profesaba y amaba.

Pero él, seguro de sí, hizo un acto de constricción, meditó sobre su siguiente movimiento y actuó.

¿Por qué limitar nuestra Palabra, situándola en la llaneza, en la trivialidad, en la vulgaridad, cuando eso que creamos con nuestras manos, ideamos con nuestro cerebro y experimentamos con nuestro corazón es la Expresión de un Sentir tan profundo...? Nos preguntaba a quienes le escuchábamos disertar con pasión sobre Budô.

¿Por qué abandonar la Emoción, hasta casi no contemplarla como una posibilidad real de existir, menospreciar la Estética en favor de la sola practicidad, abolir la Caballería en beneficio de una mezquina mediocridad...?

Poco a poco fue desgranando la materia profunda del viejo Bujutsu: Historia, Espiritualidad, Esoterismo, Técnica, Tradición, Ética, Estética y Filosofía. Visitamos la vieja India y nos adentramos en las vidas de los primeros taoístas; estuvimos con Kobo Daishi, marchando junto a él de vuelta a Koya San; disparamos con el sagrado Yumi y desenvainamos la Espada del Caballero; analizamos el Ki del Aikidô y compartimos el Kime del Karate Tradicional; nos implicamos en la Espiritualidad comprometida y trabajamos la Compasión; meditamos junto a Gautama y discutimos sobre Ueshiba y sus visiones. Todo ello, en el transcurso de un Viaje Iniciático que duró algo más de dos horas.

La Conferencia fue un éxito.

Todos los asistentes, sin excepción, aplaudimos -por dentro y por fuera- aquel recital de buenas intenciones, mejores propósitos, elevados ideales y firmes convicciones. Y todo ello, con el Budô como hilo conductor.

Después de aquel encuentro, ya nada volvió a ser como antes. Durante diez años estudié Budô y Bujutsu con Carmelo Ríos Sensei y con quien fue su maestro -y también mío- Michel Coquet Sensei, a quien encontré en Zaragoza, en el mes de Enero de 1990.

Desde Badajoz, viajábamos a Zaragoza para estudiar, y volvíamos, raudos, a Badajoz al día siguiente, para continuar con nuestras clases en Seiza dôjô. Tomábamos el coche de madrugada, acudíamos al keikô en el Monasterio de Piedra o en Zaragoza y regresábamos felices, llenos de energía. Atravesábamos España y el sur de Francia para llegar a Grenoble, y desempolvar allí nuestros bokutos para cruzarlos con los camaradas franceses. Al finalizar el Gasshuku, cargados de emoción, nos dejábamos dos mil kilómetros de autopista entre pecho y espalda. Otras veces, tomábamos la dirección de Oporto, en Portugal, para vivir junto a Carmelo y Michel una semana de trabajo en Matoshinhos, practicando mañana y tarde Aikidô y Katori Shintô ryû.

Carmelo Ríos vino a Badajoz en muchas ocasiones, enseñó Aikidô, Karate Tradicional y Katori Shintô ryû, habló sobre Zen, nos expuso las pinturas del aquel genio que fue Roerich, impulsó el trabajo del Budô hacia el Clasicismo, fue amigo, compañero y maestro.

En el verano del año 1998 tuve la inmensa suerte de tenerlos a ambos en mi propia casa. Diecisiete personas convivimos bajo un techo más que humilde, amigos y amigas procedentes de distintas capitales de España y de Francia compartimos mesa, mantel, alegrías y algún sinsabor, durante el Gasshuku de Otake Sensei en Badajoz. No obstante, triunfó la Belleza, y todos recordamos con Alegría aquellos momentos únicos.

Junto a su Amistad llegaron, además, algunos de los pre-claros: Paul Brunton, Ramana Maharsi, Mouni Sadhu, Alexandra David-Neel, Anagarika Govinda, Yogananda, Anthony de Mello, Philippe de Lyon, Krisnamurti, Annie Besant, Aurobindo, etc. Aún los llevo conmigo y forman parte de mí y de mi biblioteca.

Carmelo y Michel nos empujaron hacia la Austeridad, defendiendo los Shugyô en el seno de la Naturaleza como principio de Comunicación entre ésta y la práctica del Budô; nos destaparon algunos de nuestros maestros más queridos -Krisnamurti, Maharsi; nos abrieron las puertas de la India sagrada - donde hollar caminos y montañas durante años de viajes; sumergieron nuestra alma en las frías aguas de las Cascadas, para despertarnos por dentro e implicarnos en el Hecho del Compartir.

Finalmente, nos invitaron a sentarnos, quedarnos solos, quietos y mudos, entregando nuestro tiempo a la Meditación; a veces frente a la blanca pared, otras junto a los ríos, cara a cara con los árboles, las nubes, el sol o la noche.

Un día nos separamos, reivindicando yo un camino propio, una manera propia de estar en el Budô, mi lugar en el mundo.

No obstante -hoy y siempre- el Agradecimiento hacia ellos es y será constante, sin tregua. Uno es, en parte, producto de sus Experiencias y en mi caso lo soy, también, de mis maestros. Algunos de ellos son para mí Recuerdo Permanente. Ese Recuerdo imborrable lleva los nombres de Carmelo Ríos y Michel Coquet.

Kenshinkan dôjô 2015